

en una guerra continental en que nada podía ganar, aun cuando la fortuna hubiera favorecido sus empresas. Pero las queridas de Luis XV y los ambiciosos que se apoyaban en su autoridad no tenían talla para continuar la política del gran cardenal: hicieron una especie de caricatura, pretendiendo la ruina de la Casa de Austria. No encontraron para humillar á Inglaterra más medio que hacer venir al pretendiente. No veían que, atacando á la nación inglesa en su libertad y en su religión, legitimaban las represalias. De unas en otras se llegó á la violación de todo derecho. Francia quiere repartir el Austria. El Austria unida á Inglaterra quiere desmembrar la Francia. El pretendiente apoyado en Francia y España, quiere expulsar á la Casa de Hanover. Todos aquellos proyectos violentos fracasaron. La paz de Aix-la-Chapelle mantuvo poco más ó menos á Europa en la situación en que se encontraba antes de la guerra.

§ V.—La paz de Aix-la-Chapelle.

El historiador de la diplomacia francesa dice que la paz de Aix-la-Chapelle hubiera podido ser firmada lo mismo antes del principio de las hostilidades que después de ocho años de una guerra cruel. "¿Por qué, dice, se ha derramado tanta sangre? ¿Para proporcionar un pequeño ducado italiano á D. Felipe, aquel infante de España que no estaba establecido, y para dar un trozo de la Lombardia al rey de Cerdeña," (1). Al apreciar la paz de Aix-la-Chapelle no se deben considerar únicamente los resultados materiales, los engrandecimientos de territorio que consagró; hay que ver cuáles eran los proyectos de los que comenzaron la guerra ó intervinieron en ella. Durante toda la de sucesión, se hicieron proyectos que tendían al cambio de la constitución europea. Emprendida para repartir la monarquía austriaca, hubiera podido conducir también al desmembramiento de Francia ó á un cambio de dinastía en Inglaterra. Ninguno de aquellos aventureros proyectos se realizó. Es cierto que María Teresa perdió la Silesia, y que tuvo que hacer algunos sacrificios en Italia en beneficio de los Borbones y de la Cerdeña; pero

(1) FLASSAN, *Hist. de la diplomacia francesa*, t. v, p. 433.

esto no impidió al Austria seguir siendo una de las grandes potencias de Europa. Puede decirse que se conservó el equilibrio europeo.

Hé aquí un resultado que, aunque negativo, debe ser tomado en consideración. Los principes ó los ambiciosos que se autorizaban con su nombre repartían la Europa como si hubiese sido una tierra sin dueño, sin preocuparse de ningún derecho, de ninguna posesión, por antigua que fuese, hollando todo compromiso, todo tratado. Pero resultó que el derecho, las posesiones, los tratados de que tan poco caso se hacía tenían su valor, y que, en definitiva, había más poder en las ideas que en la fuerza. ¿Quién no hubiera creído que había llegado el fin de la monarquía austriaca cuando los ejércitos franceses estaban á las puertas de Viena y cuando Federico acampaba vencedor en la Silesia? Sin embargo, la joven reina, que al principio de la guerra no sabía dónde daría á luz al niño que llevaba en su seno, salió victoriosa de la lucha. Triunfó, pues, la política del equilibrio. Hay que agradecerlo á la Providencia más bien que á los hombres. Indudablemente, los Ingleses desempeñaron un gran papel en aquel sangriento debate; pero hemos debido negarles la inspiración generosa de que hacían alarde, para no dejarles más que el móvil de su interés. Felizmente su interés estaba en armonía con el derecho y con la libertad de Europa. Este beneficio le debemos á Dios. Quisiéramos sacar de aquí esta enseñanza, que los pueblos como los individuos deben consultar, no su interés, sino su deber; en definitiva hallarán que, cumpliendo su deber, han mirado al mismo tiempo por sus intereses, si no por los del momento, al menos por los del porvenir.

Francia, cuya ambición había encendido la guerra, no conservó ninguna de sus conquistas. Era una señal de decadencia, dicen los escritores políticos (1). Según los plenipotenciarios franceses, en el congreso de Aix-la-Chapelle iban á cumplir las palabras de su señor, "que quería hacer la paz, no como comerciante, sino como rey." *Voltaire* se dejó engañar por estas bellas palabras: "Pareció más noble, dice, y hasta más útil á la corte de Francia pensar exclusivamente en la utilidad de sus aliados que hacerse dar dos ó tres ciudades de

(1) El conde de GARDEN, *Hist. de los tratados de paz*, t. III, página 392.

Flandes, que hubiera sido motivo eterno de envidia. El historiador de Luis XV olvida que Francia había empezado la guerra; sin su apoyo, el ducado de Baviera no hubiera entrado en la liza contra la Casa de Austria, y ni España ni Cerdeña habrían pensado en reivindicar la herencia de María Teresa. ¿Era por sus aliados por lo que Luis XV quería arruinar la Casa de Austria? ¿Era por ellos por lo que había estipulado en el tratado de Nymphenburgo que conservaría sus conquistas en los Países-Bajos? Si es bello terminar una guerra con generosidad, sería más bello aún no empezarla. Este alarde de desinterés no ilusionó á la nación francesa, que, sin embargo, tiene inclinación á los sentimientos generosos. Los contemporáneos nos manifiestan que el pueblo de París, por necesaria que fuese la paz, la acogió con descontento. *Barbier* refiere que las sardineras, cuando disputaban, decían: *Eres estúpida como la paz*. La nación se sentía humillada con la expulsión violenta del pretendiente, después de haberle llamado á Francia, miserable juguete de una política sin corazón: se sentía humillada viendo reaparecer en Dunkerque un comisario inglés, encargado de velar por la destrucción de sus fortificaciones; en fin, veía que una guerra emprendida para dar á Francia la dominación del continente concluía cubriéndola de vergüenza (1). La humillación era merecida. Francia, despreciando sus compromisos, sin más motivo que una loca ambición, había formado una coalición europea para despojar á María Teresa de la herencia de sus padres. Era justo que saliese empujada y abatida de una guerra emprendida con tan culpable ligereza.

Federico no tenía más derecho á la Silesia que Francia á la monarquía austriaca. Pero al menos obedecía á una necesidad política. Prusia no podía seguir siendo un Estado problemático, participando á la vez de los caracteres de un electorado y de un reino. Federico quiso hacer de él una gran potencia, y lo consiguió. Á nuestros ojos, el resultado no le justifica. La historia debe siempre censurar el desprecio del derecho; cualesquiera que sean los resultados providenciales de una guerra injusta, no por esto la guerra se hace justa. Los designios de la Providencia son un misterio para el hom-

(1) BARBIER, *Diario*, t. III, p. 63.—*Vida privada de Luis XIV*, tomo II, p. 300.

bre, y no legitiman las acciones de éste ni las condenan. ¿Cuál era la misión providencial de Federico? El engrandecimiento de la Prusia, ¿es un primer paso hacia la unidad de Alemania? El porvenir decidirá si la fundación de la monarquía prusiana es una compensación del derecho violado y de la sangre derramada en las guerras de Silesia y en la terrible de siete años que siguió.

Italia también se vio arrastrada en la guerra de sucesión de Austria. Es inútil decir que no se trata de la nación. Las naciones no eran atendidas todavía en el siglo XVIII, y la Italia, más que cualquier otro pueblo, se veía disputada por principes extranjeros. Unas veces la Casa de Austria quería arrojar á los Borbones, otras los Borbones querían arrojar á los Austriacos. La paz de Aix-la-Chapelle dió un nuevo trono en Italia á un Borbón de España. De aquí resultó una especie de reparto de la Península entre principes austriacos y españoles. Se ha pretendido ver en esta distribución un equilibrio italiano y un primer paso hacia la independencia de Italia (1). Pero precisamente porque estaba fraccionada se la entregaba impotente á la influencia de la dominación austriaca. Todo lo que puede decirse es que siendo Italia incapaz de conquistar su libertad, era una ventaja que no cayese por completo bajo el yugo del extranjero; el fraccionamiento dejaba, al menos, una puerta abierta á los esfuerzos del porvenir.

Federico II critica que la paz de Aix-la-Chapelle no haya sido más que una tregua: "Las potencias, dice, sacrificaban á la dificultad presente de sus negocios los intereses del porvenir; por una parte apagaban el incendio que abrasaba á la Europa, y por otra amontonaban materiales combustibles para que se inflamasen á la primera ocasión," (2). Es cierto que la Francia hizo la paz como había emprendido la guerra, sin motivo ni razón: una querida había deseado la guerra en 1740, y otra quiso la paz en 1748. María Teresa sólo consentió en la paz por fuerza; fué preciso que Inglaterra, su aliada, la obligase para que se resignase á los sacrificios que la imponía el tratado de Aix-la-Chapelle; no firmó sino con la reserva mental de reconquistar la Silesia. En cuanto á Ingla-

(1) SAINT-MARC GIRARDIN, en la *Revista de Ambos Mundos*, 1859, t. IV, p. 319.

(2) FEDERICO II, *Hist. de la guerra de los siete años*, c. II, (Obras, t. IV, p. 15).

terra, había conseguido su objeto; la marina francesa estaba arruinada, y los Ingleses bien decididos á no permitir á sus rivales que la restablecieran jamás. La paz no era, pues, una paz definitiva. Pero ¿puede haber paz verdadera mientras

los príncipes no se propongan más que un interés egoísta, mientras los pueblos estén persuadidos de que la destrucción del comercio de sus vecinos es la condición de su grandeza?

CAPÍTULO IV

GUERRA DE LOS SIETE AÑOS

§ I. — Inglaterra y Francia.

I

“Todo el mundo sabe que la pesca de la merluza, disputada entre los Ingleses y los Franceses, juntamente con algunas tierras incultas del Canadá, han dado lugar á la guerra cruel que affige al continente,, (1). Esta apreciación de las causas de la guerra de los siete años por el héroe de aquella sangrienta lucha se debe á una doctrina que tiende á despreciar y casi á rebajar la especie humana, buscando pequeñas causas para los grandes acontecimientos. Cuando se trata de príncipes y de queridas, la doctrina tiene su parte de verdad; y aun entonces es preciso mirar si únicamente entran en juego sus miserables pasiones, ó si éstas son instrumento de una ambición más elevada ó de intereses más graves que los que se tratan en sus gabinetes. La guerra de los siete años, mientras se hizo entre Inglaterra y Francia, no fué pro-

vocada por intrigas de corte; fué la nación inglesa quien la provocó, y el móvil que la inspiró seguía siendo el mismo que en 1740 había hecho acoger la guerra contra España con transportes de entusiasmo: la ambición de la dominación marítima.

Ateniéndose á las causas aparentes de la guerra, es cierto que hubiera podido evitarse. No porque las diferencias que separaban á las dos naciones en América fuesen tan fútiles como dice Federico II. La cuestión territorial tenía su importancia. Se remontaba á la primera ocupación de la América del Norte por los Ingleses y por los Franceses. Sabido es que los Europeos se abrogaron el dominio de todos los territorios que descubrieran, aunque estuviesen habitados y aunque no ocupasen de hecho más que un solo punto. Cuando el país descubierto no tenía límites fijos, era imposible determinar hasta donde se extendía el pretendido derecho de los colonos que habían sido los primeros en poner allí el pie. Otros colonos podían ocupar otro punto del mismo territorio, y entonces el conflicto era inevitable. Fué lo que sucedió en la América del Norte. Bajo el punto de vista del derecho, la

(1) FEDERICO II, *Apología de mi conducta política*, Julio de 1757 (*Obras*, t. xxvii, parte 3.ª, p. 279):